

## **MEDITACIÓN DESDE TIERRA SANTA:**

### ***En el Cenáculo de Jerusalén***

Es éste, junto con Getsemaní, el Calvario y el Santo Sepulcro, uno de los sitios más entrañables de la ciudad de Jerusalén. Lugares santos en donde se llevó a cabo nuestra redención. Somos precio de un infinito amor y de un acto de infinita entrega de Dios por nosotros.

En la noche bendita de aquel primer Jueves Santo, Jesús quiso quedarse con nosotros. Se iba, pero se quedaba al mismo tiempo. ¡Sólo Él, Dios verdadero, podía imaginar y realizar algo semejante! Sí. Jesús se va. Pero se queda. Cristo nos deja su presencia amorosa, misteriosa y divina hasta el fin de los tiempos, porque sabía que lo necesitaríamos en nuestras horas de desierto, de dolor, de soledad y de fracaso. Antes de ir a la cruz y a la muerte, antes de dejar esta tierra, quiso quedarse con nosotros para siempre en la Eucaristía. Porque nos ama.

*“Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* –nos dice emocionado el evangelista san Juan (Jn 13, 1). Fue en este mismísimo sitio en donde Jesucristo nuestro Señor instituyó la Eucaristía y nos dejó aquel primer Jueves Santo de la historia el memorial de su amor y de su pasión, muerte y resurrección.



**Celebración en el Cenáculo, fiesta de Pentecostés (27 de mayo de 2007)**

Y estas palabras son la clave de interpretación para comprender sus sufrimientos, su cruz y su muerte en el Calvario. Todo es fruto de su amor. Aquí, en el “*piso de arriba*” –como nos dice explícitamente el evangelista Marcos (*Mc 14,15*)— Jesús nos dejó como herencia el mandamiento de su amor y fundó el sacerdocio. Fue aquí en donde Jesús, después de su resurrección de entre los muertos, se apareció a sus Apóstoles el “*primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar en donde se encontraban*” (*Jn 20,19*). Y fue también aquí, en este preciso lugar, en donde Jesús fundó su Iglesia al enviar el Espíritu Santo sobre sus discípulos el día de Pentecostés, reunidos en torno a María (*Hech 1,14; 2,1ss*).

Acabamos de celebrar la solemnidad de Pentecostés. Aquí, en Jerusalén. En este preciso lugar, en el Cenáculo. Y una vez más Jesús cumple su promesa de quedarse con nosotros, no sólo a través de la Eucaristía, de su Iglesia y de los sacramentos. Lo hace también enviándonos su Espíritu Santo, el “*Consolador*”, para que permanezca para siempre con nosotros y nos guíe hasta la presencia del Padre a través del Hijo.

¡Realmente, es una gran dicha poder celebrar esta gran solemnidad aquí, en la “*Iglesia madre de la cristiandad*”, en el Cenáculo, en este lugar tan entrañable y tan especial para todos los cristianos, en el corazón de nuestra fe!

Sigamos orando al Espíritu Santo por la unidad, la caridad y la santidad de toda la Iglesia; para que llene con su luz y con sus dones a todos sus hijos dispersos por el mundo; y para que continúe obrando las mismas maravillas que realizó en el mundo durante la predicación evangélica en sus orígenes.

**P. Sergio A. Córdova, L.C.**  
***Notre Dame of Jerusalem Center***  
**Responsable de la sección pastoral**

[www.notredamecenter.org](http://www.notredamecenter.org)